

PERFIL PSICOLOGICO DEL ESCRITOR J. F. DE ISLA (1703-81)*

Señoras y señores:

Habrán observado ustedes que el título de esta conferencia alude únicamente a la faceta de *escritor* del jesuita leonés J. F. de Isla, ya que, sin descuidar —naturalmente— otras facetas de su personalidad, yo voy a hablar aquí en torno, y haciendo centro del «escritor» Isla, que el 24 de abril de 1703 vino al mundo en Vidanes, donde fue bautizado, pero muy pronto su familia se trasladó a Valderas. En esta localidad creció (aunque no mucho, porque siempre fue bajito de estatura), y a los 16 años de edad ingresó en la Compañía de Jesús, tras haber obtenido el título de Bachiller en Leyes.

Y ahora, permítanme ustedes que les invite a dar juntos un salto mental, para pasar por encima de las etapas biográficas de Isla, y de ese modo situarnos de golpe ante una triple abstracción real: el hombre, el jesuita y el escritor Isla. Algo así —guardadas las distancias, naturalmente— como aquello de «tres aspectos distintos, y un sólo Isla verdadero».

Tres aspectos distintos, y a la vez esenciales, que no se pueden *disociar* en el plano de la realidad sin hacer añicos la totalidad —única e irrepetible— de nuestro personaje; y aunque cabe *distinguir* estos aspectos mentalmente, tampoco podemos separarlos del todo, fijándonos tan sólo en uno de ellos, como si los otros dos no existieran, porque es evidente que el *escritor* Isla estuvo condicionado, mientras vivió, por el *hombre* temperamental que siempre fue; y, al mismo tiempo, se sintió espoleado o frenado —según los casos— por los criterios del *jesuita* que nunca quiso dejar de ser.

* Conferencia pronunciada el día 3 de diciembre de 1981 en el aula magna de la Facultad de Letras de Oviedo, con ocasión de la celebración del Bicentenario de la muerte del P. Isla, organizada por el Centro de Estudios del siglo XVIII.

Como soy poco amigo de las tajantes —y por tanto inexactas— divisiones maniqueas, por la sencilla razón de que todo ser humano es, según el axioma tridentino, «*simul iustus et peccator*» («justo y pecador *al mismo tiempo*»), no entraré aquí a decir si Isla fue un «buen» o un no tan «buen» jesuita. Dejemos el juicio a Dios. El publicista C. Eguía Ruiz le dedicó, hace algunos años, un artículo laudatorio, cuyo título decía: «El P. Isla tan buen religioso como literato»; y el P. Luis Coloma, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua, nos cuenta los actos heroicos realizados por Isla para mantenerse fiel a su vocación jesuítica, de la cual se sintió siempre altamente orgulloso, no permitiendo, en cuanto de él dependía, que nadie tocara o se metiera con la honra y el buen nombre de su *madre* la Compañía de Jesús.

Dejando, pues, a un lado este aspecto, que no hace tanto a nuestro caso, sí desearía, en cambio, fijar mi atención, y la de ustedes, en el *hombre* Isla, inseparable del *escritor*, y destacar un poco estas dos facetas o aspectos de su personalidad. Pero antes de seguir adelante, quiero hacer una breve advertencia.

Todos ustedes saben de sobra que nadie —y por consiguiente tampoco Isla— es capaz de vivir, ni vive, en cada instante todas sus ideas y principios. Tal vez por eso nos gusta que nos juzguen *más* por nuestros ideales, e incluso por nuestros excesos, que por nuestras obras y nuestras deficiencias, aunque todos, en general, somos —creo— más propensos a juzgar a los otros *más* por sus actos que por sus ideales.

Hago esta salvedad, porque mi intención es acercarme: primero al *hombre*, y luego al *escritor*, con una actitud —digamos— «comprensiva», lo cual no significa, en absoluto, que el análisis de estos dos aspectos de Isla tenga que ser necesariamente un trenzado de encomios, o que en mi exposición no quepan ciertas apreciaciones rasposas, pues debemos convenir, en honor a la verdad, que la túnica del famoso jesuita leonés tampoco estuvo del todo libre de manchas y arrugas. El mismo decía, confidencialmente, que sus Superiores jesuíticos habían estado muy lejos no ya de aprobar sus faltas y descuidos, pero aun de disimulárselos, en consecuencia de lo cual le habían impuesto penitencias y hecho severas amonestaciones por su modo desenfadado de hablar y escribir.

* * *

Comencemos, pues, por el *hombre*.

Isla, refiriéndose a sí mismo, escribía en abril de 1763, que el signo de

su horóscopo era Tauro, como los picos de su bonete. Y así era en rigor, si nos atenemos estrictamente a la fecha de su nacimiento: el 24 de abril, fecha que sus coetáneos M. Luengo y L. Hervás y Panduro —y a veces el propio Isla— la colocan, sin embargo, el 24 de marzo. Por eso, yo tengo para mí que su signo zodiacal no sólo estaba muy influido, sino incluso absorbido por el signo anterior: Aries, pues a nada que observemos los pasos, las acciones y reacciones de nuestro hombre nos percataremos enseguida de que ni su carácter, ni su temperamento, ni sus vectores psicológicos tenían nada que ver con la pesadez un tanto tardígrada o la pachorra bovina de un Tauro, sino que su dinamismo psico-somático vibraba y respondía a los chispeantes estímulos de un signo de fuego como Aries.

Ahora bien, ¿cómo era, propiamente, el *físico* de nuestro personaje?

Hasta la cincuentena más o menos, Isla fue algo rechoncho, aunque no mal constituido, pero siempre bajito de estatura, por lo que su amiga doña Josefa de Montiano le llamaba en chanza «punto indivisible». Ante esta flagrante realidad, él supo adoptar la postura más gallarda: riéndose de su propia menudencia, y hasta sentía cierta satisfacción maligna en encontrarse con otra persona de igual estatura a la suya para gastarle bromas en este terreno.

Su cutis tiraba a sonrosado, y sus ojos, vivos y brillantes, miraban directamente al rostro de su interlocutor, con una limpieza desenfadada.

Isla solía caminar con el cuerpo un poco inclinado hacia adelante, como si se guiara con la cabeza, y sus pasos eran cortos y rápidos. De frente un tanto abombada, sus rasgos faciales resultaban firmes y decididos, y a juzgar por el retrato que en 1780 hizo sacar en Bolonia su allegado don Miguel Alfonso-Villagómez, natural de Valderas y sobrino del cardenal Lorenzana (el mismo Isla decía que cuantos vieron este retrato convinieron en que se le parecía mucho), a juzgar por este retrato —repito—, sus cejas estaban bien marcadas, y se juntaban en el puente de la nariz formando un doble arco, como señal y advertencia a quien se le ocurriera la tonta idea de intentar detenerle o someterle, que aquellos cuernos del carnero Aries iban en serio.

Aunque un hombre de signo Aries sea un fierabrás que sabe abrirse paso en la vida con intrepidez y audacia, en su bravura hay un extraño lunar. Sin rastro de miedo le plantará cara al abominable hombre de las nieves, pero esa valentía no impedirá el que se vea aquejado con cierta frecuencia por las enfermedades y por el dolor físico, si bien sus repercusiones suelen ser asimismo portentosas.

Este era, ni más ni menos, el caso de Isla. De constitución más bien delicada, su salud corporal fue siempre bastante frágil. Durante casi toda su vida no pudo soportar los ayunos de la Cuaresma (que en el siglo XVIII se observaban rigurosamente). Desde muy joven padeció la plaga de las jaquecas y los dolores de cabeza que, sobre todo los meses de diciembre, se le hacían intolerables. En 1759 pilló unas *tercianas*, de las que logró sanar relativamente pronto; pero en 1760 empezaron a acometerle unos vahídos que lo dejaban tronzado. Precisamente en mayo de ese año escribía: «Mi salud está tan estropeada, que me veré precisado a levantar la mano de todo [trabajo] por alguna temporada».

Tales mareos fueron como el prenuncio de los tres violentos ataques de perlesía, o apoplejía, que lo pusieron a las puertas de la muerte. En semejante estado de postración le cogió la orden de expulsión, dictada por el rey Carlos III en abril de 1767, y no queriendo separarse de sus cofrades, aunque fuera a costa de su vida, logró embarcarse en el «San Juan Nepomuceno», navío que lo condujo a Córcega, donde volvió a recuperar las fuerzas de una manera espectacular, pues durante su estancia en aquella isla —entonces— inhóspita, y en unas circunstancias verdaderamente precarias, tradujo al español los ocho tomos de «Cartas crítico-festivas» del abogado Constantini, y redactó el denso *Memorial* que las cuatro Provincias Jesuíticas de España elevaron al monarca. Esto no obstante, Isla salió de aquella crujía tocado para siempre, pudiendo decirse sin exageración que, a partir de entonces, apenas gozaría ya de un día completamente bueno.

Si hiciéramos un parte clínico de las dolencias padecidas por Isla en Bolonia, a donde pasó a vivir después de catorce meses de estancia en Córcega, la lista de los males estaría encabezada por las indigestiones y las lombrices, para seguir con las sangrías —las famosas sangrías equinociales—, los ataques reumáticos, los «insultos de hipocondría», y por una profunda melancolía.

La lengua significó para Isla lo que el pincel para Velázquez; durante toda su vida fue un charlatán empedernido, y nunca dejó de hablar, incluso cuando escribía sus copiosas cartas. Pues bien, esa lengua agilísima y graciosa, se le fue embotando, y ya en 1768, es decir, cuando frisaba los 65 años de edad, comenzó a fallarle el habla como consecuencia y secuela de los ataques apopléticos.

A continuación empezó a perder la dentadura, y su boca se convirtió en una Tebaida. En 1773 decía festivamente que sólo le quedaban cinco dientes, que iban huyendo unos de otros. Ese mismo año —en que cumplió los

70- escribía que se encontraba «alegre, flaco y viejo», lo que en romance paladino significa que estaba hecho una verdadera ruina. A pesar de todo, su fábrica aún tardaría ocho años en demolerse por completo.

En octubre de 1774 se le desgarró la ingle derecha, y este accidente le produjo la correspondiente hernia, que él ocultó por vergüenza durante cuatro meses; pero los dolores y molestias le obligaron a recurrir a los médicos, quienes, para reducírsela, le colocaron un complicado tirabraguero, que en adelante siempre llevaría puesto.

Un nuevo ataque de perlesía, que le sobrevino en marzo de 1775, y del que jamás se repondría del todo, le dejó —como él mismo confesaba— en «un estado permanente de somnolencia y modorra, con un suplemento de deliquios, palpitaciones y disipación de espíritus». Mientras traducía por entonces las «Aventuras de Gil Blas de Santillana» —nadie puede acusar a un Aries de holgazán—, se le agarrotaron el brazo y la mano izquierda, quedando medio baldado de ese lado del cuerpo. A los continuos vahídos, que «le sacaban la cabeza fuera de su casa», se añadió en 1779 una pronunciada cojera, pues «sus ancas —decía— estaban ya sin muelles». En adelante tuvo que usar bastón, y para caminar dentro de casa necesitaba apoyarse en las paredes.

Y así, con estos molestísimos alifafes; «con unos ojos —decía él mismo— que no ven, con unos pies que no andan, con una manos que de poco o nada me sirven, y con un ahogo en el pecho que me impide respirar», siguió tirando mal que bien hasta la hora de su muerte. Esta le llegó en Bolonia el 2 de noviembre de 1781, y puede sostenerse sin hipérbole que Isla falleció con la pluma en la mano, pues la última carta que —sabemos— escribió en vida está fechada sólo cinco días antes de su pacífica defunción.

* * *

Hasta aquí nos hemos ocupado someramente del aspecto físico de Isla. Pero, ¿de qué modo se manifestaba al exterior? ¿Qué rasgos tenía su estampa moral? ¿Cómo era su carácter?

Como respuesta inicial a estos interrogantes cabe decir, de entrada, que Isla se pronunciaba hacia fuera dando la impresión de ser un hombre amasado por una serie de ingredientes propios del signo Aries. Por lo que dicen los entendidos en la materia, Aries es el primer signo del zodiaco, y representa el nacimiento del alma; por eso —añaden— los Aries son, en general, como niños, y, aun después de que han crecido y madurado, se

sigue vislumbrando en ellos la veta del «baby». De hecho, está constatado que el llamado «espíritu juvenil» les dura más años que a otros, como parece asimismo cierto que su inocencia no sólo les arroja y los protege, sino que suaviza su agresividad.

El escritor alemán Gottlieb von Mur escribía ya en 1783: «Las obras de Isla hacen el elogio del escritor; queda por hacer el elogio del hombre, y en este sentido hay que comenzar por decir que quien no conoce el corazón de Isla, no conoce el más relevante de sus dones.» El propio Isla decía de sí mismo que tenía un corazón «blando como una breva y fino como un coral»; y a su hermana M.^a Francisca le escribía en 1776: «Leo tu corazón en el mío. Si tú leyeres el mío en el tuyo, hallarás que ambos son iguales en la ternura.»

Efectivamente; su corazón era franco, magnánimo, desprendido y a la vez apasionado y vehemente. No en vano Aries es el más cálido y generoso de los signos solares. Siempre se podía contar con su dinero, su ropa o su tiempo; lo daba sin escatimar. Lo chocante del caso es que parecía, o al menos producía la sensación de que siempre tenía algo que le sobraba, por más pobre o necesitado que pudiera encontrarse en aquel momento.

No había en él la menor traza de doblez ni de superchería, porque su corazón no era complicado ni sinuoso, y tampoco tenía la menor capacidad para montar tretas sutiles. Lo que mostraba a quien le miraba, eso era realmente lo que él era, y nada más. De hoy a mañana podía tejer los sueños más fabulosos, y forjar las empresas más fantásticas, pero como mentiroso no valía un rábano, porque era totalmente ajeno a la falacia.

Su naturaleza estaba cimentada por un fuerte estrato de fe ingenua. Avido de inocencia, era al mismo tiempo un optimista incurable, tal vez porque, aparte de su inquebrantable fe en Dios y —digámoslo también— en el poder que tenía (antes de la extinción) su *madre* la Compañía de Jesús, era incapaz de aceptar una derrota (ni siquiera la reconocía), y es que Isla pertenecía a esa raza de hombres a los que ningún revés aplasta para siempre, y menos todavía el fracaso, bien entendido que los fracasos de algunos Aries suelen ser tan clamorosos como sus éxitos, y si no, que se lo pregunten al mismo Isla, o a Nikita Krushev, otro carnero impulsivo.

De un exterior alegre y despreocupado, Isla era, sin embargo, muy sensible y vulnerable, y disimulaba sus heridas tapándolas —como él mismo confesaba— con un «falso humor hipócrita». Jovial, impetuoso, dinámico y extravertido por temperamento, estaba dotado de una portentosa —y peli-

grosa— facilidad (que él cultivó cuidadosamente) para ver y expresar el lado ridículo de las personas y de las situaciones.

Esto hacía que pudiera herir a algunos con sus palabras, pero como buen Aries, siempre estaba dispuesto a disculparse ante cualquiera, y a pedir perdón, sorprendido de que alguien pudiera sentirse lacerado por lo que él había dicho en broma y sin especial malicia. Como Isla no era un coleccionista de agravios, ni le iba en modo alguno ser cruel, creía por lo mismo que, en este particular, todos tenían que reaccionar y sentir como él.

Los Aries —bueno, algunos Aries, ya se entiende— suelen crear más riqueza para otros que para sí mismos, ya que no les preocupa mucho el dinero, quizá porque lo que ellos persiguen no se encuentra necesariamente en los Bancos. Cuando se deciden a ayudar a alguien que se encuentra en apuros, no vacilan ante ningún esfuerzo; se diría incluso que disfrutaban haciendo favores. También es característico de ellos el estar dedicados a alguna causa idealista, o a defender a los débiles con el coraje de un cruzado. Su propia ingenuidad los hace intrépidos, y luchan denodadamente contra lo que les parece una injusticia, sin avergonzarse de expresar —y si a mano viene, de cantar al más pintado— sus propias opiniones. Es probable que más tarde lo lamenten, pero en el ardor del momento no hay freno capaz de detenerlos.

Isla, que decía de sí mismo que «nunca había sido valentón, y siempre había tenido más de gallina que de grifo», actuó, sin embargo, muchas veces en su vida con arreglo a esas tendencias que acabo de señalar (y que, por lo demás, constituían otros tantos rasgos de su personalidad moral); y en aras de esta postura intervino —por citar algunos casos— en defensa del Real Asiento de Anclas de Hernani (Guipúzcoa), que se iba a pique; en los pleitos entre las ferreerías de la villa de Urnieta (Guipúzcoa); en el eterno litigio entre Beasáin y Vergara, localidades guipuzcoanas que reclamaban cada una para sí, como a hijo nacido en su suelo, al franciscano San Martín de la Ascensión, que en 1598 había muerto mártir en el Japón; o interponiendo sus buenos oficios para que se enviara a Cádiz un jesuita vascoarlante que pudiera oír las confesiones de la nutrida colonia guipuzcoana avecindada en aquel puerto.

Con idéntica generosidad se movió —*gratis et amore*— para buscar un preceptor que educara a los hijos de la familia Gortázar-Montiano, de Bilbao; en la misma partida entra la ayuda que prestó a Lorenzo Casaus —valenciano arruinado al que ni siquiera conocía personalmente—, traduciendo a los 76 años de edad (esto es, cuando «a cada paso se le iba la

cabeza fuera de su casa», como ya indiqué), las «Aventuras de Gil Blas de Santillana», y cediéndole los derechos de traductor; y al mismo capítulo de servicios prestados por él pertenecen las gestiones que hizo secretamente ante la marquesa de Tanary, a fin de que esta señora boloñesa dotara, para entrar en un convento, a una señorita pobre, hija de un genovés, funcionario de España, que había delatado a Isla al cardenal Malvezzi, y sido causa de que este purpurado lo desterrara a Budrio, villorrio situado a pocas leguas de Bolonia, en el que hubo de permanecer precariamente durante casi tres años.

Pero, con el mismo ardor, Isla se enzarzó también —y ésta es la otra cara de la moneda— en polémicas y discusiones, réplicas y contrarréplicas, que le acarrearón serios disgustos, por defender —eso sí, con una «santa pureza de intención»— lo que no siempre era justo, verdadero y razonable, aunque él lo creyera, o quisiera creerlo así, de todo corazón.

Ya en 1732, es decir, cuando sólo contaba 29 años de edad, escribió con pseudónimo un despiadado opúsculo titulado «Cartas de Juan de la Encina», datadas en el imaginario lugar de Fresnal del Palo (el mismo nombre alude a zurra y vapuleo), contra don José Carmona, cirujano de Segovia que un aciago día tuvo la candidez —por no decir la malhadada idea— de publicar un «Método racional para curar sabañones». Isla se ensañó con el cuitado licenciado, poniéndole como hoja de perejil.

Según el P. Coloma, solamente «el celo de la casa de Dios», que devoraba a Isla, le impulsó a escribir el *Fray Gerundio*, con el santo designio de purificar la predicación de la divina palabra. El medio más indicado para ello era, a su juicio, barrer de los púlpitos —con la escoba de la burla— a tantos «gerundios» de carne y hueso, que mezclaban en sus sermones lo grotesco con lo ridículo, y lo insustancial y disparatado con lo absurdo.

Aunque la intención era sanísima, qué duda cabe —y así lo afirma Coloma sin pestañear—, lo malo no fue sólo que Isla se valiera del inadecuado procedimiento de utilizar la basura para limpiar tanta basura, sino que el *Fray Gerundio* se imprimió en febrero de 1758 sin la licencia acostumbrada de su Provincial.

Todos sabemos que «con buenos sentimientos se puede hacer muy mala literatura»; y también conocemos el comentario de Talleyrand, cuando Bonaparte mandó fusilar al duque de Enghien: «Esto —exclamó— es peor que un crimen; es un error.» Error político, desde luego, porque el *Fray Gerun-*

dio salió a luz en una coyuntura muy poco oportuna, y en un momento histórico en que las esferas políticas de Madrid se estaban llenando de fuertes cargas de electricidad antijesuítica; error político, cuyas consecuencias sociales fueron enormes, porque si, por un lado, el *Fray Gerundio* hizo —al decir del historiador jesuita A. M. Burriel— un «infinito mal a la Compañía de Jesús en España», por otro lado, a poco que se analice la reacción hostil de ciertos sectores del clero hispano contra este libro, encontraremos que, con su encarnizado «odium theologicum» (que lo justificaba todo por denominarse «teológico»), añadieron un capítulo bochornoso a esa terrible «Historia General del Odio» que está aún por escribirse.

Es cierto que el *Fray Gerundio* constituyó de momento un «best seller» sensacional, con un éxito publicitario tan estrepitoso como tal vez no lo ha alcanzado en España ninguna obra de ficción, a excepción de «Pequeñeces», novela del jesuita Luis Coloma, que se publicó en Bilbao por entregas mensuales, y la gente de Madrid iba a la Estación del Norte, al principio de cada mes, para comprar allí mismo el capítulo siguiente y enterarse cuanto antes de los avatares de Currita de Albornoz.

Al mes de publicarse el *Fray Gerundio* escribía Isla a su hermana: «La conjuración contra mi *fraile* [Gerundio] es general y muy fuerte; pero no es menos fuerte ni menos general el partido contrario. Veremos quién vence. De cualquiera suerte, me quedará sereno. Si fuere causa de Dios, Su Majestad la defenderá; si no la fuere, tampoco quiero yo que lo sea mía.»

Se ha dicho machaconamente que «la voluntad de Dios» se manifiesta por medio de las instituciones eclesiásticas legítimamente establecidas, y a través de los superiores jerárquicos. Pues bien, si se admite este principio, y se aplica no sólo a algunos casos, sino en todos y a toda clase de personas, entonces habremos de convenir que la causa de Isla no fue, en este caso, la de Dios, pues parece que su Divina Majestad se tomó (humanamente hablando) con mucha calma el salir por los fueros de su celoso siervo, ya que el *Fray Gerundio* fue a parar en 1760 al ergástulo del Santo Oficio, y allí permaneció aherrojado hasta que el papa León XIII lo sacó, a fines del siglo XIX, del Índice de libros prohibidos.

Por otro lado, tampoco es verdad que Isla, ante la fortuna adversa de su libro, se quedara tan «sereno» como blasonaba; pues escribiendo a su amiga doña Josefa de Montiano, le decía en febrero de 1760, que los vahídos y mareos que lo inutilizaban, se debían a «los cuidados y preocupaciones que le sofocaban; porque el infierno y la envidia —añadía— se han desencadenado contra aquel infeliz Libro y contra su Autor».

La defensa de su *Fray Gerundio* lanzó a Isla al mar de las polémicas. De aquella época borrascosa datan sus «Cartas apologéticas», contra el penitente del capuchino fray Matías de Marquina; el mismo objetivo defensivo llevó a Isla a ocultarse —una vez más— bajo el pseudónimo de «Barbero de Corpa», para lanzar una afilada «Carta» —que tenía más de diatriba— contra don José Maymó y Ribes; y no fue otro el motivo originario que le imbricó en un debate epistolar con los «Aldeanos Críticos», colectivo que incluía, entre otros, a don Francisco Javier de Munive, don Joaquín de Eguía, don Manuel de Altuna, y don Manuel de Urgullu, quienes, gracias a la ocurrente pluma de Isla, han pasado a la Historia con el apelativo de «Caballeritos de Azcoitia».

Las batallas en torno a *Fray Gerundio* granjearon a Isla una fama que se extendió por España y el extranjero. Cuenta el P. Manuel Luengo, en su voluminoso *Diario* que, cuando recaló en el puerto de San Esteban la flota de navíos, que llevaba desterrados a los jesuitas españoles hacia Córcega, muchos jesuitas de las provincias de Toledo y Andalucía pasaban al navío «San Juan Nepomuceno» —en el que viajaba Isla— para ver y conocer a un hombre tan célebre por sus escritos. Y el propio Isla escribía en 1771, que su *Fray Gerundio* aún había metido más bulla en Italia que en España, de suerte que, a poco de llegar él a Bolonia, «toda la turbamulta de literatos y literatillos (y en estas regiones —decía— hay de entrambas clases a enjambres) querían ver de qué figura era el padre que lo había engendrado y parido; de manera que el año pasado me molieron, me trituraron y me cernieron, convirtiéndome en polvos de salvadera».

Parece que con este vendaval —y con la carga de achaques que llevaba encima— Isla tenía que aplacarse. Sin embargo, no fue así. En abril de 1776 le decía a su hermana desde Bolonia: «Yo no he estado ocioso en este país [...]. He trabajado aquí, en nueve años, más que en veinte cuando me distraían tantos otros cuidados.» Un Aries genuino no sabe estarse quieto. Pero no es sólo eso; hasta que se quema, no tiene miedo a nada, y aun entonces volverá a las andadas, una vez que haya olvidado la herida anterior.

Y, efectivamente, en Bolonia volvió a desenvainar la espada de su genio polémico, y en 1772 escribió, con un nombre figurado, una dura «Anatomía» —o disección— de la Carta Pastoral que (obedeciendo al rey Carlos III) había publicado el arzobispo de Burgos, don José Xavier Rodríguez de Arellano, contra el sistema teológico-moral de los jesuitas. Se trata de un conjunto de 30 cartas —por cierto, todavía inéditas—, en las que Isla va

sajando, sin anestesia alguna, los tumores «thomístico-regalistas» del prelado burgalés, resentido contra los jesuitas desde que estos le expulsaron del Colegio de Pamplona, por su desaplicación y sus turbulentas aficiones goliardescas.

Anteriormente, Isla había comenzado en Córcega otra «Anathomía», con objeto de refutar la insidiosa «Consulta» del fiscal Campomanes —otro resentido—, acérrimo enemigo de los jesuitas, y artífice (junto con el ministro Roda y el confesor real P. Osma) del extrañamiento de aquéllos. Por fortuna, pudo salvarse una copia de este manuscrito, cuyo original mandó el P. Ricci, general de la Compañía, que fuera quemado. El P. Conrado Pérez Picón, gran conocedor de Isla, nos ha dado una espléndida edición de esta obra, pulcramente editada en 1979 por la benemérita «Institución Fray Bernardino de Sahagún» de León.

Pero la copa de Isla no acababa de llenarse. Pocos días antes de la extinción de la Compañía de Jesús —ocurrida en agosto de 1773—, Isla se encontraba en una tertulia privada, a la que también asistía un genovés a sueldo de España (el padre precisamente de la joven pobre a la que Isla ayudaría más tarde a ingresar en un convento buscándole la dote). En el decurso de la conversación, Isla salió en defensa de su *madre* la Compañía —cuya supresión era la comidilla del día—, y se permitió expresar su opinión personal sobre el papa Clemente XIV y el rey Carlos III, manifestando sin ambages que la Compañía de Jesús había hecho un gran servicio a la Iglesia católica al oponerse hasta entonces a la beatificación del venerable Juan de Palafox y Mendoza, prelado que, por causa de unos enojosos pleitos tenidos en México, había publicado el siglo anterior unos escritos llenos de atrocidades contra la Compañía, por lo que los enemigos de ésta querían elevarlo al honor de los altares, para cohonestar y justificar de ese modo la medida de la extinción de la Orden ignaciana.

El genovés delató a Isla al cardenal Malvezzi, arzobispo de Bolonia y enemigo de los jesuitas, y Su Em^a lo mandó arrestar junto con otros dos jesuitas más. Después de permanecer 19 días en la cárcel episcopal, fue desterrado al lugarejo de Budrio, donde permanecería cerca de tres años. Pero este injusto castigo no amargó a Isla. Con su habitual gracejo describía a Budrio como «un bostezo de ciudad, un flato de pueblo, un regüeldo de corte, y (en una palabra) un remedo de todo lo que no es». A fines de 1775 abandonó definitivamente aquel «país de cucaña», y tornó a Bolonia hecho un saco de males, pero fiel a sus convicciones, porque escribiendo en julio de 1778 a su amigo don Manuel de Urgullu, cónsul de España en Hamburgo,

le decía «La Corte de Roma obedece a todas las demás. El Papa [Pío VI, sucesor de Clemente XIV] tiene el honor de ser el primer vasallo de nuestro soberano [Carlos III], y, presionado por éste, le ha dado que ha de ser canonizado cierto Obispo [se refiere a Palafox] (cuyo catolicismo fue muy dudoso), aunque el Espíritu Santo no quiera. Si lo fuere, *será dichosa la Puta que le parió.*»¹

Los Aries no pretenden, en general, las jefaturas ni los liderazgos; más bien los evitan, por la simple razón de que son malos políticos —en la acepción «realista» de la palabra—, entre otras cosas porque son impulsivos al hablar y no se andan con rodeos; dos características fatales para un político. En todo caso, prefieren ser «eminencias grises». Rebeldes por naturaleza, tienden a tomar decisiones instantáneas sin contar con la autorización de sus superiores. Tan listos y despejados como son, en general, y sobre todo como ellos mismos creen serlo, necesitan, sin embargo, mucho tiempo para aprender el arte de la diplomacia y los regiros del tacto.

Por lo que atañe a este aspecto de su carácter, Isla estuvo siempre despegado de las altas dignidades —más bien se burlaba del boato que las rodeaba—, y vivió toda su existencia lejos de las cimas rectoras. Se sentía tan cómo, y tan auténticamente afectuoso, comiendo en un cotarro de mendigos, como platicando con los reyes, pero los aires palaciegos se le hacían irrespirables, incluso a corto plazo.

Como jesuita, jamás aspiró a ningún superiorato, porque no valía para este oficio, que es una ciencia de posibles; y sus imprevisibles «salidas» de tono, tan contrarias a la «gravidad» y a la «prudencia», tampoco le hacían el hombre más idóneo para ocupar tales cargos. Sus superiores, que conocían bien su talante, y sabían que podían sacar un buen partido de sus talentos colocándole en unos puestos que le fueran bien a su rebotante inventiva, lo mantuvieron siempre en el grado de peón o soldado raso; medida que a él le pareció la cosa más natural. Pero así como no le tentaba en absoluto el *ejercicio* del poder, tampoco es menos cierto que sabía protegerse, y nadar a favor de corriente, aprovechándose de ciertas *ventajas* derivadas del poder: recuérdese, a este propósito, su amistad con el marqués de la Ensenada, y con tantas personas influyentes en la Corte.

No es éste el momento más oportuno para hablar de la importancia que

¹ Isla a Urgullu. Bolonia, 4 de julio de 1778. Apud L. Fernández, *Cartas inéditas del Padre Isla*. Madrid, Ed. Fax (1957), pág. 361.

tenía, en el siglo XVIII, el cargo de confesor real. El influjo de este personaje, que hacía las veces de Ministro de Asuntos Eclesiásticos, era tan grande en la Corte, y fuera de ella, que su dictamen solía prevalecer no pocas veces sobre el de los ministros y consejeros reales².

En 1747 fue nombrado confesor real de Fernando VI el P. Francisco Rávago, jesuita santanderino que andaba por los 62 años de edad. Isla lo conocía desde sus años mozos de estudiante, pero nunca llegó a intimar con él, ni buscó su amistad. Por otro lado, a Isla le iban tan poco los tufos cortesanos que, cuando el marqués de la Ensenada, omnipotente ministro de Fernando VI, lo llamó a Madrid para proponerle si quería ser confesor de la reina, doña Bárbara de Braganza, Isla, que temía visceralmente las «prisiones cortesanas, donde al más astuto nacen canas», respondió al ministro chungonamente: «*Yo no soy ni para confesor de Vucencia*», y con esta pirueta festiva se zafó de los lazos de un cargo tan honorífico como comprometido.

Rávago, por el contrario, no dudó dos veces cuando le propusieron ser confesor real, a pesar de que estaba bastante achacoso. Esto no obstante, aceptó el cargo con un espíritu «carismático», persuadido —escribía— de que si Dios le sacaba «de finibus terrae» (así llamaba al Colegio de Pontevedra, donde residía), y le colocaba en un puesto tan encumbrado, era sin duda para que hiciera desde él grandes cosas en su divino servicio.

Tal vez por todo esto, Isla tomó siempre con cierta sorna el nombramiento de su cofrade Rávago al confesionario real, y no sólo no le aduló nunca (ni siquiera cuando éste caminaba por las alturas), sino que se atrevió a manifestar que, como jesuita, encontraba muy mal que el cargo de confesor real estuviera vinculado al de consejero de la Inquisición.

Ante ciertas personas, Isla le guardaba las espaldas, y no sin cierto énfasis les decía que el P. Rávago era «un jesuitazo de cuatro suelas, y muy hombre de su palabra»; pero a su íntimo amigo don José de Rada, cura de palacio, que le preguntaba en 1751 cómo era realmente Rávago, le hacía el siguiente daguerrotipo: «Hombre de raras palabras, su conducta exterior no puede ser más apostólica, ni más ejemplar; pero su tiesura, su vanidad y su engarrotamiento están más allá del grado *ut octo*, y aun del diez y seis [del canto gregoriano]. Compuso los grandes pleitos cediendo en todo, y acto

² R. Olaechea, *Política eclesiástica del Gobierno de Fernando VI*. Apud «La época de Fernando VI». Oviedo, «Cátedra Feijóo», 1981, págs. 139-225.

seguido comenzó a mover otros pequeños. A los mastinazos rinde la cabeza, a los cachorrillos los despedaza. De los primeros se deja mandar, a los segundos los manda en gran visir y los castiga en sultán. Parece que hace colación con epifanías, según lo que regüelda a reyes. Están amedrentados los que no tienen narices, y se ríen mucho los que son buenos podencos; pero se ríen hacia adentro, que hacia afuera sería peligroso [...], por los muchos parciales que tiene en todos los gremios. Del mío [jesuítico] están por él cuantos no estuvieron por su antecesor [en el cargo: el P. Lefèvre], *et e contra*; más estos se guardan bien de manifestar su concepto, y a Vm. suplico encarecidamente que, por ningún caso, manifieste a nadie el mío, porque a los dos nos pod[r]ía perjudicar...»³

Es sabido que los Aries son capaces de conversar, durante horas enteras, de una manera fascinante, incluso sobre temas de los que saben muy poco; éste es uno de sus encantos. Con muy poca probabilidad de equivocarnos podríamos afirmar que —junto con su fuerza de voluntad y su laboriosidad— la conversación era, sin duda alguna, la prenda más sobresaliente de este hombre que estaba dotado del don de la palabra. Pero atención, este don era en su mano como un arma de doble filo.

Lord Chesterfield escribió unas cartas deliciosas a su hijo, mientras éste hacía el «grand tour» por Europa, según la moda de los aristócratas ingleses de entonces. En una de ellas le encargaba que, al llegar a París, visitara de su parte al conde de Bouffleurs, «el cual —le advertía— es un caballero que tiene las virtudes de sus defectos, y los defectos de sus virtudes»; frase que podría aplicarse, en su tanto, a este aspecto de la personalidad de Isla, y más concretamente, al modo y uso que hizo de la palabra.

Ante todo, la palabra *hablada*.

Dice el diarista Luengo, sujeto no muy dado a prodigar elogios, que «en la lengua de Isla estaban instaladas, como de asiento, todas las gracias que pueden servir para hacer gustosa y divertida una conversación familiar. En este punto —añade— era inimitable. Estando él presente a una conversación, aunque se hallasen en ella los hombres más graves y serios, la amenizaba y sazónaba con cuentecillos graciosos y oportuniísimos, con equívocos salados, con satirillas jocosas y con otros muchos dichos agudos y chistosos. Así

³ Isla a Rada. Valladolid, 10 de marzo de 1751, Apud J. F. de Isla, *Obras escogidas*. Madrid, BAE, t. XV (1850), págs. 557-58.

divertía, hacía reír, y aficionaba a los demás a su persona; y así continuó hasta poco antes de morir. De haberse recogido todos sus donaires y agudezas, se habrían podido formar varios tomos que excederían lo mejor que se haya escrito en este aspecto»⁴.

Como puede notarse, el ingenioso Isla no sólo era famoso por sus ocurrencias, sino que, como buen Aries, deseaba gustar a la gente; era su necesidad secreta. Nunca sabremos el alcance de este influjo suyo, ni las ayudas que prestó con sus servicios, que sólo están escritos en el Libro de la Vida, inaccesible a los historiadores. Esto no obstante, parece sin embargo que no siempre conseguía gustar, pues el mismo Luengo, que lo trató en Bolonia, señala a renglón seguido, que quienes no le conocían, incluso entre los mismos jesuitas, «le tenían por un hombre sagaz, astuto y hasta maligno; y le temían como satírico no sólo diestro y gracioso, sino cruel y sangriento. Pero lo cierto es —concluía— que tenía un carácter sin doblez, y un corazón sencillo, franco, abierto y leal, sin malignidad ni reserva».

Pedro Felipe Monlau, que antepuso un largo prólogo a las «Obras escogidas» de Isla, publicadas por Rivadeneira en la «Biblioteca de Autores Españoles» (tomo 15), viene a decir casi lo mismo: «No fueron pocos —escribía— los que conocieron de cerca al P. Isla [...], y creyeron o creen descubrir en él un natural satírico, acre, malignante y propenso a cebarse con sus adversarios. Pero tal descubrimiento es una ilusión, porque analizando a fondo el carácter de nuestro autor, se ve su propensión a la sátira festiva, pero inofensiva, no menos que el gracejo con que sacudía su penca contra la ignorancia orgullosa o la ridiculez atrevida.»

Esta amalgama de candidez y de ironía hacía que no pocas personas atribuyeran a sus palabras un carácter ambiguo; impresión que Isla procuraba disipar cuanto antes —y éste es un rasgo típico de él— dando disculpas y pidiendo perdones, lo cual indica de rechazo que su abigarrado multiloquio no siempre era acertado —o al menos no siempre era entendido con el mismo espíritu con que él lo decía— por muy santa que fuera su intención.

Con estas observaciones sumarias me estoy refiriendo, como puede verse, a la palabra *hablada* de Isla; pero no simplemente a su palabra hablada en las conversaciones particulares, sino también en sus manifestaciones públicas, y sobre todo en el púlpito.

⁴ M. Luengo, *Diario de la expulsión de los jesuitas de España* (63 vols.). AL [Archivo de Loyola], t. 15 (1781), pág. 586.

A lo largo de su vida, Isla predicó innumerables sermones, la mayor parte de los cuales —no suframos por ello— se han perdido, pues sólo se conservan 87 entre morales y panegíricos. El nunca quiso que se imprimieran, como era la costumbre generalizada de entonces, y lo consiguió, ya que sus *Sermones* se publicaron en Madrid en 1792 —once años después de su muerte—, y forman un conjunto de seis tomos.

No pocas de estas piezas oratorias —es preciso confesarlo— podrían calificarse, a su vez, de «gerundianas», porque Isla, que conocía a fondo la retórica y las reglas de la oratoria sagrada, condescendió, sin embargo, repetidas veces con el estragado gusto de su época, para hacerse escuchar, aunque sabía muy bien —y él mismo lo afirmaba— que «mucho más séquito tiene un predicador que predica, que un predicador que representa». Luengo advertía, a este respecto, que «el P. Isla tenía ciertamente dotes de buen predicador, pero [que] el fuego, la jocosidad y el bullicio de su fantasía fueron causa de que los sermones panegíricos que predicó sobre todo en su juventud, tuviesen algunas cosas nada loables, como él mismo lo reconocía, y, sin embargo, nunca se corrigió en esto del todo».

* * *

Hasta aquí he intentado analizar algunas facetas del *hombre* Isla. Ahora me cumple ocuparme del *escritor*. Naturalmente, no voy a hacer aquí un estudio morfológico ni semántico de sus obras, porque estaría fuera de lugar, y además porque no soy un crítico literario, sino un aficionado a la Historia. Por eso, me limitaré a seguir avanzando —como hasta ahora— por los senderos psicológicos, y de ese modo, sobre la base del hombre, que ya conocemos un poco, podremos recorrer la otra vertiente de la palabra de Isla: su palabra *escrita*.

El propio Isla nos cuenta que tenía 48 años de edad cuando, en 1751, fue destinado primero a Salamanca y luego a Villagarcía de Campos, «con el único empleo de *hablar con la pluma*». En adelante, nunca más tornaría a la cátedra —a explicar Filosofía—, y sólo muy esporádicamente al púlpito.

Este dato confirma mi idea de que Isla, más que escribir sus obras, las habló; pero no las habló de cualquier manera, sino preponderantemente en forma epistolar. Detrás de cada párrafo se agazapaba el corresponsal parlero, con su inagotable locuela, como don Jacinto Benavente estaba detrás de cada uno de sus personajes, dictándoles las frases a la oreja. El mismo *Fray Gerundio* no es, a mi juicio, sino un larguísimo sermón, y en cuanto a sus pimpantes cartas, escritas, al decir de Azorín, en «un castellano tan

castellano», Isla no las escribía, sino que las hablaba; más aún, las parlotaba, y a veces las cotorreaba, pues él mismo confesaba —textualmente— que «en las cartas era donde soltaba los diques de su charlatanería».

Abundando en esta idea, señala acertadamente el P. Pérez Picón, que el género epistolar fue el campo en el que Isla triunfó plenamente. Sentía una predilección especial por él, y lo conocía muy a fondo. Por eso no es nada extraño que en la mayoría de sus obras recurriese a este género literario, que era el que más se acomodaba a su carácter, y el que mejor sabía manejar.

Tratando de perfilar la fisonomía literaria de Isla, escribía el citado Luengo, que «el carácter de sus escritos consistía y venía dado por los primores de su fantasía, inseparable de su lenguaje. Por eso —añadía— se lamentaban algunos de que un hombre de tanta inventiva hubiera gastado gran parte de su vida traduciendo libros ajenos. Ello se debió a la fuerza de las circunstancias, pero el resultado fue, sin embargo, que no se logró ni la mitad de los frutos de su fantasía.

«A pesar de todo —continúa Luengo—, el P. Isla trasladó al papel muchas bellezas de su fantasía y de su lengua. Fácil versificador y hábil coplero, escribía rápidamente, con enorme facilidad, flexibilidad y abundancia, manejando todo sin brusquedad alguna, y pasando de un plano a otro con suavidad, pues su genio era a propósito para todo, ya que tanto lo burlesco y lo grave, como lo satírico y lo tierno, lo trataba con franqueza y armonía.

«Todo lo que en sus escritos puede parecer acre o injurioso —concluía Luengo—, no nacía en él de disgusto, resentimiento y venganza, o del designio de herir y hacer mal a alguno, sino precisamente de su jocosa y arrebatada fantasía, que no le dejaba caer en la cuenta de lo agrio y desabrido de su sátira, y que, con ésta o aquella expresión, podía ofender y herir a algunos profundamente. Aunque es igualmente cierto que el P. José Francisco tenía un corazón generoso y agasajador, sumamente agradecido a cualquier favor que se le hiciese, y era muy fácil en perdonar y olvidar las injurias.»⁵

Una vez aquí, ustedes mismos podrán juzgar si las últimas frases que acaban de oír, son —o no son— una especie de parche discreto aplicado por

⁵ *Ibidem*, págs. 588-89.

Luengo para paliar de alguna manera su puyazo anterior sobre la «jocosa y arrebatada fantasía» de Isla, «que no le dejaba caer en la cuenta de lo agrio y desabrido de su sátira», pues debe tenerse en cuenta que los párrafos que acabo de citar pertenecen a la nota necrológica escrita por Luengo en Bolonia a los dos días de haber fallecido Isla en dicha ciudad.

Hemos oído a Monlau y a Luengo alabar, de consuno, la franqueza generosa, la candidez y magnanimidad del corazón de Isla, que latía sin doblez ni rencores; les hemos oído decir, asimismo, que Isla podía ser satírico y cortante en la conversación, pero que su cólera desaparecía antes de que se hubiera enterado su víctima. Tal vez fuera así —cosa que yo no creo, ni mucho menos—, pero a la vista de algunos ejemplos que aduciré como muestra, ustedes mismos juzgarán si tales afirmaciones se ajustan a la realidad o difieren de ella.

Don Juan Curiel, antiguo colegial mayor, miembro del Consejo de Castilla y hombre muy afecto a los jesuitas, era Juez de Imprentas —ésto es, censor gubernamental— cuando Isla preparaba febrilmente la publicación de su *Fray Gerundio*. Como Curiel ponía cháncharras y dificultades que retrasaban la impresión de la obra, Isla —quemado por la impaciencia— escribía desde Villagarcía a su amigo y agente Miguel de Medina, y le decía: «No come el pan del rey ministro más ridículo que el Sr. Curiel. Será un burro cargado de letras, pero será siempre un burro. Si Vm. quisiere decírselo de mi parte se me dará muy poco.»⁶

Como continuaran los requilorios de Curiel, que aplazaban «sine die» la publicación del *Fray Gerundio*, el mismo Medina, que cuidaba de la edición, insinuó a Isla la conveniencia de que el erudito valenciano don Gregorio Mayáns y Siscar, personaje muy en boga entonces, hiciera un elogio del libro a manera de prólogo. Como si le hubieran puesto una banderilla de fuego, Isla le respondió a vuelta de correo con estas palabras: «Hablando sinceramente, no puedo tolerar las alabanzas de un hombre que ha denigrado con su pluma a toda la Nación española [...]. Su «Oratoria Cristiana» [una obra de Mayáns] es una pura ventosidad, como todas sus obras. Téngole por uno de los hombres más presumidos y tontos que han escrito en este siglo, y en cualquier cosa mía leeré su nombre con el mayor disgusto [...]. Yo no tengo libertad para disimular lo que siento, y todos los sabios del

⁶ Isla a Medina. Villagarcía, 21 de diciembre de 1754. Apud L. Fernández, ob. cit., pág. 142.

mundo no serán bastantes para hacerme mudar el bajo concepto que he formado de este hombre.»⁷

Firme en su decisión de que el *Fray Gerundio* no saliera a luz con un elogio escrito por el «idiota Mayáns», le decía a Medina la semana siguiente: «Verdaderamente me admiré de que un hombre como Vm. alabase, y alabase tanto, a un hombre como éste [Mayáns]. Aunque sus escritos fueran muy otros de lo que son, merecería que todo buen español le despreciase por lo que él ajó, injurió y denigró a toda la Nación española [...]. Yo en mi vida he visto al tal glorioso Animal; pero sólo oír su nombre me exalta la cólera, y jamás he podido leer una hoja de sus pomposísimas bagatelas sin llenarme de tedio.»⁸

En cuanto el P. Rávago abandonó el confesonario real, en setiembre de 1755, estallaron de nuevo los odios de Escuela, y el sistema teológico-moral de los jesuitas fue atacado de mil maneras por sus adversarios los así llamados «thomistas», uno de cuyos propósitos consistía en sacar del Expurgatorio español las obras del cardenal agustino Enrique Noris, que los inquisidores de Madrid, presionados por Rávago, habían incluido el año 1747 en el Índice español de libros prohibidos, sin hacer caso a las enérgicas protestas del papa Benedicto XIV.

Uno de los seglares que más se distinguió en esta controversia (de la que salieron vencedores los enemigos de Escuela de los jesuitas) fue don Juan Chindurza, covachuelista del Ministerio de Estado. Es muy ilustrativo el caso de este bermeano, autor de unos interesantísimos «Diálogos de Chindulza» (publicados por F. Aguilar Piñal en la «Cátedra Feijóo» de Oviedo), que odiaba a la Compañía de Jesús con la «pena de daño» de un condenado, al igual que Campomanes, por no haber sido admitido en dicha Orden cuando, allá por 1726, época en que Isla estudiaba la Teología en Salamanca, pretendió ingresar en el noviciado jesuítico de Villagarcía.

Durante muchos años, Chindurza mantuvo en rescoldo el resentimiento provocado por esta repulsa, y él fue uno de los primeros —si no el primero— que, bajo el pseudónimo de «Fray Amador de la Verdad», arremetió contra el *Fray Gerundio* ya en febrero de 1758. Lo sospechoso —y revelador— del caso es que el ataque de Chindurza era tan furioso, que no poca gente

⁷ Isla a Medina. Villagarcía, 24 de diciembre de 1757. *Ibidem*, pág. 198.

⁸ Isla a Medina. Villagarcía, 31 de diciembre de 1757. *Ibidem*, págs. 199-200.

hubiera podido pensar que litigaba más por una causa propia, que por defender el honor ultrajado de los predicadores «gerundios».

Pues bien, el 4 de marzo de 1758, escribiendo Isla a su amigo Medina le decía: «Maldita la pesadumbre que me dan los Chindurzas, Riveras, Pinedos y Magines [atacando el Fray Gerundio]. A los tres primeros los conozco como a los dedos de la mano, y en cuanto al tío Chindurza hará 32 años que, siendo él un pobre Opalandas en Salamanca y yo teologuillo jesuita en aquel Real Colegio, y consultándome un empujón que le vino de entrar en la Compañía le respondí: *Que ni él era para la Compañía, ni la Compañía para él.* Mire Vm. si es de ayer mi conocimiento del hombre. Desde tamañito fue lo mismo que es cuando tamañazo: maligno, envidioso, atravesado, presumido, bambolla, hojarasca, osadía, y beso a Vm. las manos pues aquí no hay más.»⁹ Tal era el corazón melifluo de Isla.

Pero mayor envergadura tuvo, si cabe, lo ocurrido con el «Triunfo del amor y de la lealtad, o Día Grande de Navarra», obrita que Isla escribió en Pamplona el año 1746.

El 21 de agosto de 1746 celebró toda Navarra, con grandes transportes de entusiasmo, la subida al trono español del rey Fernando VI de Castilla y II de Navarra. La Diputación del reino navarro nombró cronista oficial de las fiestas a Isla, que llevaba ya tres años viviendo en Pamplona y era bien conocido como escritor. La capital del reino adornó sus calles y plazas con arcos, gallardetes y colgaduras, y se engalanó de un modo especial para declarar a Fernando VI «por su Rey y Natural Señor».

Llegada tan solemne efemérides, el virrey, el obispo, el gobernador militar, el alcalde, los dos cabildos, representantes de la Diputación y de las Ordenes religiosas, formaron un vistoso cortejo y recorrieron procesionalmente algunas calles y plazas de la capital navarra, atestadas de público. En determinados lugares se detenía el cortejo, se hacía tremolar el estandarte real, y se proclamaba al nuevo monarca como soberano del reino navarro, con la fórmula: «Real, real; Navarra por el Rey Fernando». A este pregón respondían asintiendo los componentes del cortejo oficial, cuyas voces eran ahogadas por la gritería y algazara del gentío, por el estampido de los cohetes y chupinazos, por el volteo general de las campanas y el horrísono estruendo de las salvas de artillería que estremecían la ciudad con un perpetuo terremoto.

⁹ Isla a Medina. Villagarcía, 4 de marzo de 1758. *Ibidem*, pág. 202.

Con este motivo escribía Isla: «Siendo tan inclinada a divertirse la nación navarra, como todo el mundo sabe, y bastando ella sola para divertir al mundo, ahora dio un testimonio el más auténtico de que para ella, en esta ocasión, no había diversión equivalente a la de sus toros, sus arcos, sus carros triunfales, sus máscaras y sus jeroglíficos.» Las galas y luminarias, los festejos sacroprofanos, las corridas de toros y las restantes algazaras al uso duraron tres días, transcurridos los cuales cada cual volvió pacíficamente a sus tareas cotidianas.

Todo ésto, y muchas cosas más, las sabemos gracias a Isla, quien, pese a su nombramiento de cronista oficial, no fue testigo presencial de los festejos, por encontrarse aquellos días ausente de Pamplona. Pero ello no fue óbice para que, con los datos recogidos de oídas —y refiriendo lo que no vio y «abultando lo que no se divisó»— escribiera en el corto lapso de 21 días el «Triunfo del amor», que dedicó al conde de Maceda, virrey de Navarra.

El éxito alcanzado, durante quince o veinte días, por esta obrita fue tan apoteósico, que se extendió por toda España, agotándose muy pronto la edición. El mismo Isla cuenta que no podía andar por las calles de Pamplona, porque le sofocaban a abrazos y enhorabuenas.

Este escrito de Isla, mitad proclama, mitad crónica festiva, en el que se ridiculizaban los festejos no más que a las autoridades y miembros del cortejo oficial (de los miembros de la Diputación decía, por ejemplo, que «no eran hombres de escuela, pero sí escuela de hombres»: es decir, bruticos pero honrados), estaba redactado con una exageración tan pomposa, y montado sobre unos párrafos tan escarolados, que todo él se convertía en una sátira al por mayor.

Algunos pamplonicas creyeron ver, y con razón, que se trataba simplemente de una burla jacarandosa, y protestaron airadamente contra dicho escrito. Años más tarde, el mismo Isla confesaría que «los que censuraron de satírico el papel intitulado *Día grande de Navarra* hicieron más justicia a su achacosa intención que merced a su crítica sindéresis»; pero en aquellos días de triunfo cegador, no se contentó con negar «nerviosamente» tal imputación, sino que salió al paso de ella escribiendo otro papelón titulado: «Colirios para los cortos de vista; diversión para los discretos y explicación del cajón de sastre de la Isla trasmontada para los tontos», que se publicó seguidamente en Valencia, y sirvió para airear todavía más el primero, del que era una copia casi literal, si bien tuvo una suerte más aciaga que éste, pues al poco tiempo fue prohibido por el Consejo de Castilla y mandado retirar.

Pese a todos estos manejos de Isla, su «dialéctica» defensiva no convence en absoluto, y todo el que lea desapasionadamente el «Triunfo del amor» se percatará sin esfuerzo de que los navarros son tratados en él de palurdos inciviles, cuando no de payasos rústicos, y sus festejos populares de algarabía y batahola propias de salvajes.

Dice Luengo en su nota necrológica edificante, que muchos de los elogios al reino de Navarra y a sus diputados, estampados por Isla en esta obrita, eran verdaderamente ridículos y pueriles, que más resultaban agravios e insultos que alabanzas; y en este caso —añadía— es necesario decir que el P. José Francisco, arrebatado por sus fantasías, no sólo no advirtió, pero ni siquiera sospechó que su escrito pudiese desagradar y ofender a alguno. El resultado de todo ello fue que, si esta bulla de los navarros (que compusieron insolentes coplas de queja contra él) hizo que este libro fuera más conocido en España, su autor adquirió de rechazo «fama de sardónico burlón y de hombre mordaz, capaz de escribir una sátira dando a entender que escribía un panegírico»¹⁰.

No sabemos qué razones le asistían a Isla para erigirse en censor de unas costumbres tan arraigadas en el país, y para herir gratis los sentimientos de los pundonorosos navarros; lo que sí sabemos es que él se sabía muy gracioso y ocurrente, y no podía dominar la necesidad de pringarse soltando cuantos chistes y donaires provocaran la carcajada y el ridículo. Sus intenciones podrían ser todo lo santas y buenas que se quiera, pero la siembra continua de tanta astracanada suele terminar produciendo unos frutos muy amargos, el primero de los cuales fue que el mismo Isla se vio precisado a huir rápidamente de Pamplona, donde peligraba su vida.

Esta incapacidad para reprimir sus dicharachos le malquistaría en 1758 con los «predicadores burlescos» de España, que se vieron retratados en el *Fray Gerundio* y enfilaron sus baterías no sólo contra su autor sino contra la Orden a la que él tan ufano estaba de pertenecer; como ahora en 1746 le enfrentó con un sector de la opinión pública navarra que —según consta históricamente— manifestó un marcado regocijo cuando vio en 1767 que los jesuitas salían de su colegio de Pamplona, camino del destierro, expulsados por Carlos III.

* * *

¹⁰ Luengo, ob. cit., t. 15 (1781), pág. 599.

Pese a sus continuos —y molestos— achaques, Isla no dejó la pluma durante los catorce últimos años de su vida, con la particularidad de que sus escritos de entonces fueron siempre —al decir de Luengo— obras de tipo polémico. Si «Candide» de Voltaire consumió su vejez cultivando su jardín, Isla optó por cultivar un género literario que le mantuvo con la lanza en ristre hasta el final de sus días.

Además de las dos «Anathomías» que escribió en Italia —como ya indiqué—, de esta última etapa de su existencia data asimismo la traducción de las «Irreflexiones del autor de un folleto titulado: Reflexiones de las Cortes Borbónicas contra el Jesuitismo». El folleto de las «Reflexiones» era un panfleto político, escrito en italiano bajo la dirección del embajador español en Roma, José Moñino, futuro conde de Floridablanca, que aterró al papa Clemente XIV, porque en él se pedía descaradamente la extinción de la Compañía de Jesús, y dio pie para que el jesuita italiano Benvenuti replicara con las mencionadas *Irreflessioni*, cuya publicación clandestina causó la indignación de Moñino, y produjo tal revuelo en Roma, que Benvenuti hubo de salvar su vida huyendo de Italia y refugiándose en Polonia, donde acabó sus días.

A este período final de su vida pertenecen también otras dos obras de Isla: una de ellas es original, y la otra una traducción. La primera, titulada «Reflexiones», iba encaminada a refutar punto por punto el breve pontificio «Dominus ac Redemptor noster», por el que Clemente XIV había decretado en 1773 la extinción de la Compañía de Jesús. En cuanto a la segunda, se trata de la versión que hizo entre 1780 y 1781 (año en que falleció) de la *Memoria católica*, libro prohibidísimo y sañudamente perseguido por la policía pontificia, que el jesuita italiano Carlos Borgo publicó clandestinamente en la utópica ciudad de Cosmópolis el año 1780, y cuya aparición produjo en Roma los efectos de una bomba. Escrito en un estilo desenfadado, y a las veces insultante, su autor hacía una defensa hercúlea de la ya extinguida Compañía de Jesús, al par que asestaba un rudo mazazo al referido breve de Clemente XIV.

A la vista de lo dicho hasta aquí podemos concluir: que el fragor de las polémicas fue como el redoble de tambor que acompañó a Isla hasta la tumba. Al ritmo de tal música pasó a mejor vida este *escritor* celeberrimo, fiel reflejo de su época, que si no puede ser considerado como un *clásico*, en la acepción rigurosa de este vocablo (sus faltas de relación, sus frecuentes barbarismos, su tendencia a expresarse en un estilo coloquial, y a veces hasta vulgar, y la escasa armonía de sus escritos le hacen desmerecedor de

tan excelso título), sí en cambio destacó como escritor de pluma festiva, y como hombre de mucho ingenio y copiosa erudición.

Si hay héroes que han muerto -como se dice- «con las botas puestas», cabe decir, de modo parejo, que esgrimiendo la pluma, a guisa de espada, es como falleció este incansable trabajador. El día 3 de noviembre de 1781 se le hicieron las exequias en la parroquia boloñesa de Santa María della Muratella, donde fue enterrado. Allí, en tierra extranjera, yace esta gran figura del XVIII español, honra y prez de la provincia de León que le vio nacer.

Rafael OLAECHEA
Universidad de Zaragoza